

Pepe Botellas

Pepe Botellas, la más reciente novela de Gustavo Alvarez Gardeazábal —autor colombiano, de los nuevos el más controvertido, odiado y estudiado— publicada por Plaza y Janés en su Colección Literaria, aparece como de costumbre orlada por una especie de vaho maldito que marcará y avergonzará a quienes compren, porten y lean un tal semejante inventario de infamias, de perversas infamias urdidas por la mente enfermiza, sádica y burlona, de quien tiene, sin duda, un soberano poder narrativo que no ha podido ser derrotado por la fecundidad de coneja (ocho novelas, un libro de cuentos y quién sabe cuántos más entre panfletos y ensayos, antes de cumplir los cuarenta años de edad), una enfermedad de la sangre que más parece invento del autor o la animadversión que le profesan miles de compatriotas (generalmente intelectuales) y de académicos que todavía no pueden digerir su estilo a veces caótico y sus giros caprichosos de lenguaje.

Y es que, desde hace muchos años, Gustavo Alvarez Gardeazábal ha acostumbrado a sus lectores —por lo menos a los colombianos que conocen los orígenes de sus relatos, los chismes que sirven de base a sus historias— a esperar en cada libro un escándalo, un ataque frontal contra personalidades reconocibles de la política, el comercio, la farándula (ataques fundados en hechos o imaginados por la mente afiebrada y verti-

ginosa del autor) y ello hace que sus novelas, aun antes de ser leídas, se vendan a destajo no por su calidad literaria (desigual en algunas e indudable en otras, pésele a quien le pese) sino por el prestigio de sus protagonistas (en general, sus víctimas, ya que en contadas ocasiones Gardeazábal se ocupa de ensalzar —difícil trabajo para el ególatra que es y reconoce ser— y casi siempre se divierte en destrozarse minuciosamente, con deleite y pasión de gato en la oscuridad).

Ahora, en la novela *Pepe Botellas*, la víctima de sus ataques y fabulaciones, el objeto de su investigación (puesto que la novela revela una detallada y detectivesca persecución de las huellas de la vida del protagonista en bibliotecas, consejos, cartas, archivos periodísticos, microfilms) es un famoso y alharaquiento exiliado cubano que al llegar a Cali, Colombia, se dedicó a promover enormes campañas de salvación de miserables y consuelo de desheredados, que, naturalmente, despertaron por él un amor furioso en el pueblo, desdén entre algunos poderosos, entusiasmo entre otros y algunas damas notorias.

Como Cervantes, Gardeazábal inventa su Cide Hamete Benengeli, un narrador a quien los lectores y críticos deben atribuir cuanta insensatez y desafuero se le ocurrieron al escritor colombiano. Tal narrador, supuestamente amante de Pepe Botellas (el exiliado) relata los orígenes de la vocación mesiánica del cubano y sus relaciones con la revolución cubana, que a juzgar por la versión de

la novela no fue movida por fuerzas sociales, sino por debilidades genitales de los barbudos.

Para quienes conocimos al cubano de carne y hueso (también un poco de grasa y mucho diente) ya sea alguna vez en las calles de Cali, orlado por su prestigio de locutor y periodista más escuchado y leído del Valle del Cauca, o simplemente porque leímos con repulsión de intelectuales pequeñoburgueses (sin entender que el cubano era más que repelente, un pez exótico, un ave fénix, un verdadero ornitorrinco de la demagogia, digno sin duda de ser estudiado) sus columnas dignas del más alebrestado kitsch latinoamericano, resultará muy difícil dissociar de ahora en adelante, cuál fue la realidad del cubano y en dónde entró la insidiosa imaginación de Gardeazábal a tergiversar y magnificar los vicios, las locuras, las sublimes estupideces del mesías que volvió loco a Cali mediante el poder de la radio y la prensa.

Aunque en la novela el protagonista —de apellido Valladares, como el poeta recientemente exiliado que ha promovido el escándalo y, de nuevo, las anatemas contra el sistema cubano (otra característica de las obras de Gustavo Alvarez Gardeazábal es usar nombres conocidos con el objeto de llamar la atención y exaltar el chisme y mencionar a muchas, pero muchas personas “de prestigio” que comprarán los libros para ver sus nombres eternizados aunque sea por la ignominia)— termina envenenado por su amante, el narrador seudo Hamete Benengeli, y en la reali-

dad el cubano siga tan campante en su carrera política y vital, en el plano literario, la figura del locutor furibundo se eleva hasta el nivel del mito. ¿Resultado? Que el personaje que el narrador quería hundir (porque, según él, iba a llevar a Colombia al comunismo, visible hipótesis en la realidad, descubrimiento luminoso y salvador de la novela en el plano fictivo) se transforma en un héroe, un Maquiavelo, ocultador durante décadas del secreto designio de transformar al país a un sistema diferente.

No será *Pepe Botellas* el primer caso de una novela que pretende una cosa y alcanza otra. Tampoco será la excepción de la obra en la que un escritor pretende defender unas causas viciadas mediante procedimientos artísticos válidos.

No sé si es que la nostalgia de Cali me ganó la partida o la novela en realidad es de lectura apasionante. El caso es que leí las 344 páginas en un tiempo récord.

A mi modo de ver, el texto pierde valor —pero gana lectores morbosos— como ataque chismoso y tendencioso a la revolución cubana, puesto que basa sus ataques en las debilidades humanas de sus líderes y en ciertos hechos no demostrados —como una pretendida matanza de adolescentes con tendencias homosexuales—. ¿Qué diablos tienen que ver las preferencias sexuales de los líderes, el tamaño de los órganos de los escritores (por ahí desliza la idea de que Gabriel García Márquez no está bien dotado bajo el ombligo y por ello todos sus protagonistas masculinos

son impotentes —¿lo son?—) con el valor de sus actos y las consecuencias de las obras que emprendan.

En el fondo lo que defiende Gustavo Alvarez Gardezabal —quien se oculta tras el narrador homosexual amante de Valladares— es una concepción del mundo en la que es precisamente la debilidad sexual (generalmente la *aberración*, nunca la normalidad —¿pero, existe la “normalidad”?—) la que determina las transformaciones del mundo. Para él (Memo Glostora, amante de Valladares), no es de ninguna manera la conciencia o el trabajo, los que modifican lo existente, sino quizás la tendencia a ocultar las preferencias “vergonzosas”.

Si las anteriores novelas de Gustavo Alvarez Gardezabal han sido vituperadas, ésta, *Pepe Botellas* lo será con mayor razón —y con razón en muchos casos, puesto que miente e inventa para insultar y porque saca a la luz lo que habitualmente permanece oculto— pero lo que no se le podrá negar es que en ella logra concretar una imagen —quizás por primera vez— completa de una ciudad colombiana, Cali, con su personalidad especialísima: Cali capital mundial de la salsa, Cali deportiva, sancochera y tropical, Cali de los negros bailarines, Cali sofisticada de la sexta, Cali de las mujeres más hermosas y las más bellas nalgas, Cali superficial, Cali de la maldición de Garabato, Cali de las rivalidades entre América y Deportivo Cali, Cali con sus pretenciosos riquillos, Cali de los histéricos locutores y los campeonatos de gordos y gordas y maratones

ciclisticos y colectas de caridad y proyectos monumentales.

Ya no es un sector de la ciudad el que se eleva a la calidad de espacio literario —el Barrio Obrero de Valverde o el Norte de Caicedo— sino toda Cali aglutinada en torno a la locura de un cubano que llegó como el Mesías y se transformó en el prototipo del héroe de la superficialidad.

La divergencia entre la realidad ficticia y la realidad objetiva es aleccionante. Mientras en la novela el protagonista fracasa como hombre y triunfa como mito; en la realidad objetiva el cubano pierde su halo mítico y se integra al sistema. Pero al integrarse al sistema, retorna al exilio pues pierde su ciudad y su pueblo.

Marco Tulio Aguilera

Los dragones del edén

Carl Sagan es un científico joven de primera magnitud. Maestro e investigador de astronomía y ciencias del espacio de Cornell University, ha participado en proyectos de la NASA como el Viking y el Pioneer; para este último diseñó el célebre mensaje que los vehículos llevaron ‘por parte de la humanidad’ a su misión interestelar. A diferencia de la mayoría de personalidades de su talla, tiene la preocupación y la ocupación de difundir conocimientos al gran público, por lo que ha hecho abundantes libros e intervenido —como co-